

orden, que es su consecuencia necesaria, y dirigir las instituciones todas según el mismo espíritu de sabiduría y benevolencia». Y aun no paraban en esto las aspiraciones del Czar. Después de haber unido las naciones á sus gobiernos debidamente reformados para que se guiaran tan solo por el mayor bien de los pueblos, era necesario, según pensaba Alejandro, fijar las relaciones de los Estados entre sí mediante reglas precisas que ellos mismos tuviesen interés en respetar, con lo que vendría á formarse como una gran federación europea. «No se trata de realizar el sueño de la paz perpetua, declaraba el descendiente de Pedro el Grande; sin embargo, en más de una relación se acercarian á ese ideal los resultados obtenidos, si en el tratado que pusiera término á la guerra general se fundamentaran en principios claros y concretos las prescripciones del derecho de gentes. ¿Por qué no habria de someterse á los cánones de éste el derecho positivo de las naciones? ¿Por qué no garantizar el privilegio de la neutralidad y hacer obligatorio el no comenzar la guerra sino hasta después de haber agotado los medios pacíficos que puede ofrecer la mediación de otra potencia, poniendo así de relieve los agravios respectivos y procurando darles satisfacción? Partiendo de estos principios, sería fácil proceder á la pacificación general y organizar una liga, cuyas estipulaciones constituirían, por decirlo así, el nuevo Código del derecho de gentes que, sancionado por la mayor parte de los estados de Europa, adquiriría el valor de regla inmutable de los gobiernos, tanto más cuanto que éstos se retraerian de infringirlo temerosos de ver concitadas contra sí las fuerzas todas de la nueva unión.» Finalmente, para delimitar los Estados; atendía el proyecto que extractamos á las llamadas «fronteras naturales», tales como el curso de los ríos, las cordilleras y los mares, á la semejanza en las producciones del suelo y de la industria y á la armonía entre los pueblos y sus gobiernos, sintetizándose todo ello en la frase de «equilibrio natural».

Nowosiltzoff, uno de los más celosos representantes del nuevo apostolado humanitario, fué el encargado de presentar el plan de Alejandro al gobierno de Inglaterra. El emisario ruso llegó á Londres en los primeros días de mil ochocientos cinco, y expuso á Pitt aquella especie de idilio diplomático bautizado con el nombre de *alianza de mediación*. Son curiosas las analogías existentes entre el pensamiento de Alejandro y el de los promotores de la Revolución francesa. Como éstos, proponíase el Czar de Rusia devolver su libertad á los pueblos subyugados y reconstruir seguidamente el edificio de la cristiandad, cimentándolo en el derecho y la justicia y dándole por coronamiento la unión íntima de los soberanos y la fraternidad de las naciones. El hecho, aunque singular á primera vista, no es realmente extraordinario si se considera que el hijo de Pablo I era también discípulo de los filósofos del siglo décimo octavo, de cuyas ideas generosas participaba, estando convencido de la verdad teórica de los grandes principios por ellos proclamados, y de la eficacia práctica que tendría para labrar la felicidad del género humano cuando se apli-

caran al régimen interior de cada pueblo y á las relaciones internacionales de los Estados. Menos idealista Pitt, después de haberse enterado detenidamente de los planes del emperador de Rusia, hizo comprender á Nowosiltzoff que, por el momento, lo único urgente, necesario y posible era conseguir que Napoleón retrocediese en su camino de ambiciones y crear barreras bastante fuertes para contener en lo sucesivo, en límites justos, sus anhelos de constante engrandecimiento. Cuando esto se hubiese logrado, tiempo habria, según él, de discutir las utopías de Alejandro. Descartó, pues, poco á poco todo cuanto en el proyecto ruso trascendía á reforma ó á innovación, y lo redujo casi exclusivamente á los puntos capitales que habían servido de norma para el programa de Luneville y el de Amiens, resultando de la negociación seguida entre los gobiernos ruso é inglés que, el once de Abril de mil ochocientos cinco, se firmase en San Petersburgo por el mismo Nowosiltzoff y lord Lewison Gower el célebre tratado base de la tercera coalición. Constaba dicho pacto de artículos patentes y artículos secretos. En general, las partes contratantes se comprometían á valerse de los medios más eficaces que hubiera de formar una liga de los Estados de Europa, que obligase á Francia á admitir condiciones de paz suficientes á restablecer la perdida confianza y el perturbado equilibrio. Las fuerzas que la coalición debía poner en pie de guerra se fijaron primeramente en quinientos mil hombres; mas vista luego la resistencia de Prusia á entrar en ella, redujo dicho número al de cuatrocientos mil. En el artículo segundo del tratado se estipulaba que el fin de la coalición consistía en forzar á Francia á que evacuase el Norte de Alemania, Holanda, Suiza y toda Italia, la isla de Elba inclusive, debiendo devolverse al rey de Cerdeña todos sus Estados, con un aumento de territorio tan grande como las circunstancias permitieran, y fundar en Europa un orden de cosas bastante á garantizar la seguridad y la independencia de los diversos pueblos y á prevenir las futuras usurpaciones. Determinábase en los artículos tercero y cuarto que Inglaterra concurriría á los esfuerzos comunes, aprontando sus naves para el transporte de tropas y un millón doscientas cincuenta mil libras esterlinas por cada cien mil hombres de ejército regular. Pero lo más interesante de la convención estaba contenido en los artículos secretos, en los cuales se consignaba el acuerdo de restituir á Austria la Lombardía y dejarle Venecia y sus provincias; Génova, así como eventualmente el Delfinado y Lyon, se incorporaban al Piamonte; Bélgica, á Holanda, y las provincias rhinianas, á Prusia, si ésta se decidía á abrazar la causa general, restableciéndose al Archiduque en Florencia y al duque de Módena en su principado italiano. En un artículo especial, se contraía la obligación de no influir de ningún modo en la manera cómo había de gobernarse Francia, de no apropiarse ninguna conquista y de celebrar, cuando la guerra terminara, un Congreso internacional, para resolver las cuestiones pendientes que interesaban á Europa. Por último, Inglaterra ponía como condición del pago de sus subsidios á Austria y Suecia que estas potencias rompieran las hostilidades en los

cuatro meses siguientes á la fecha en que se firmara el tratado, plazo que otro artículo posterior prorrogaba hasta fines del corriente año. Habiéndose negado Inglaterra á desalojar la isla de Malta, Alejandro no quiso suscribir el tratado sino condicionalmente, aplazando su ratificación y reservándose, además, el derecho de dirigir á Bonaparte nuevas ofertas de mediación, á fin de evitar la guerra: con este arbitraje, propuesto ahora en nombre de Europa entera, esperaba el Czar arrastrar consigo al Continente en masa, sin otra excepción que Prusia. Esta potencia, en efecto, queriendo impedir que estallara la guerra entre Rusia y Francia, pues temía, con razón, verse envuelta en ella, habíase brindado el año anterior á Napoleón y á Alejandro para mediar en sus diferencias; aceptado el ofrecimiento por ambas partes, el rey Federico Guillermo, muy orgulloso de desempeñar papel de tanto viso, se esforzó vanamente en traer á términos de avenencia á los dos poderosos emperadores, y fracasadas sus pacíficas gestiones, persistía en su conducta indecisa y ambigua de siempre, deseando estar bien con todos y sacar provecho de las agenas contiendas, caso que sobreviniese. Así es que Winzengerode, enviado por el Czar para recabar la unión de Prusia á la alianza en proyecto, nada pudo obtener del gabinete de Berlín. Más feliz fué el emisario ruso en Austria, cuyo gobierno, después de algunas vacilaciones, se adhirió al principio á la coalición al tener noticia de los cambios que se esperaban en Italia, pero á reserva de discutir ulteriormente con sus aliados, y sobre todo con Inglaterra, las condiciones de su conformidad con el tratado. Contábase de antemano con el concurso de Suecia y Nápoles, no siendo, por tanto, las esperanzas de Alejandro ilusorias. La mayor parte de los pueblos del Continente iban á alinearse detrás de él, y aun se creía poder obligar á Prusia á ceder en el momento crítico amenazando su frontera.

No ignoraba Napoleón la actitud de las potencias, y la misma Inglaterra, en su contestación á la carta dirigida por el emperador al rey Jorge, hacía constar «que no le era posible darse por enterada de las proposiciones que se le hacían sin consultar antes á los gobiernos del Continente con los que estaba en tratos confidenciales, y especialmente al Czar de Rusia, que había demostrado del modo más satisfactorio la sabiduría y elevación de los sentimientos que le animaban y el vivo interés que sentía por la independencia de los pueblos». Multitud de hechos significativos, como los viajes de enviados extraordinarios de una corte á otra, las noticias propaladas por los periódicos europeos más importantes, los informes adquiridos por los diplomáticos franceses, corroboraban la exactitud de las afirmaciones de la Gran Bretaña respecto á estarse gestionando una inteligencia entre los enemigos y rivales de Napoleón. A pesar de todo, la alianza no pasaba aún de la categoría de proyecto, fácil de desbaratar. Austria, medio arruinada por las campañas precedentes y más expuesta que ninguna otra nación á los golpes del vencedor de Marenngo, entraba en la liga con recelo, y ningún pacto escrito encadenaba aún su libertad; Pru-

sia no salía de su incertidumbre y era de suponer que, en último término, se inclinase del lado de Francia; la misma potencia que asumiera la iniciativa para conseguir el acuerdo, Rusia, no había contraído á la sazón compromisos de carácter irrevocable. Lejos de ello, Alejandro, molesto por la poca importancia que Pitt concedía á sus planes de regeneración europea, hubiese cogido al vuelo la ocasión de zanjar en el terreno diplomático las cuestiones que Pitt quería ventilar únicamente en el de la guerra, tanto que, haciendo uso del derecho que se había reservado, dió á su amigo y confidente, Nowosiltzoff, el encargo de proponer á Napoleón condiciones de paz mucho más ventajosas que las consignadas en el tratado anglo-ruso de once de Abril, y como estaban interrumpidas las relaciones diplomáticas entre el gobierno moscovita y el francés, Nowosiltzoff trasladóse á Berlín, para que el gabinete prusiano pidiese al de París sus pasaportes, recibiendo Napoleón en Milán, en los primeros días de Mayo de mil ochocientos cinco, la carta de Federico Guillermo en que aquellos se solicitaban. Los sentimientos de Napoleón distaban mucho de los que Alejandro le atribuía, y bien lo reveló en su respuesta al rey de Prusia y en la nota de Talleyrand que la acompañaba. «Ninguna confianza me inspira la mediación que se propone, escribía á Federico Guillermo; el emperador de Rusia es harto irresoluto y harto débil; no espero nada bueno del paso que se intenta..... Señor y hermano mío, continuaba, deseo la paz..... carezco de ambición, he abandonado por dos veces la tercera parte de Europa sin que nadie me forzase á ello, y no debo á Rusia en los asuntos de Italia más cuenta que ella á mí en los de Persia y Turquía. Cualquier tratado de paz con Inglaterra ha de contener la cláusula de no dar asilo á los Borbones ni á los emigrados y de reprimir á los miserables escritores:» No se negó á facilitar los pasaportes que se le pedían: mas en la nota de Talleyrand se declaraba que, «á la menor palabra de Nowosiltzoff que sonase á amenaza ó á insulto, ó aludiese á tratados hipotéticos con Inglaterra, se cesaría de oírle, no obedeciéndose desde este momento otra regla que el adagio perpetuo de la corte de Francia: *mi derecho y mi espada*.» Además, advertía Napoleón que le era imposible recibir al embajador de Rusia hasta pasados dos meses, entonces que las horas tenían el valor de días, y preparábase á realizar, en el intervalo, actos de tal naturaleza que habían de disipar hasta la más remota probabilidad de arreglo.

Desde que tomara el título de rey de Italia, se había enseñoreado de su ánimo la idea de apoderarse de toda la Península. De hecho, los Estados nominalmente libres que en ésta había, como Génova, Etruria, Lucca, se hallaban sujetos en absoluto á su voluntad. De alguna mayor independencia gozaba Nápoles; mas ocupado en parte por las tropas francesas y pagando un subsidio forzoso al Emperador, bastábale á éste apretar un poco los tornillos con que los oprimía para reducirlo al estado de completo vasallaje. No le faltaban ocasiones de demostrarle su malquerencia. La reina Carolina, cuya enemiga á Francia y Napoleón aumentaba en vez de disminuir, siendo demasiado débil para obrar

por sí, acudía á la intriga y asediaba con sus lamentaciones á los gobiernos de Europa. Napoleón no sólo levantaba acta de la imprudente conducta de la reina, sino que se complacía en fomentarla, tratando á Carolina con la arrogancia y la dureza de un amo insolente: «Oiga V. M. esta profecía, hábale escrito el dos de Enero de aquel año: á la primera guerra que se promueva por causa de V. M., V. M. y su posteridad habrán dejado de reinar, y sus hijos errantes mendigarán socorro de sus parientes en los distintos países de Europa. Con su conducta inexplicable habrá causado la ruina de su familia, mientras que la Providencia y mi moderación le habrían conservado el trono.» Y como medios de conjurar la tormenta que se cernía sobre ella, le aconsejaba que echase del gobierno al caballero Acton, llamara á su embajador en San Petersburgo, expulsara del reino á Elliot, representante de Inglaterra, y á los emigrados franceses; en una palabra, que se esclavizase á sus deseos.

Los italianos prodigaban continuas ovaciones á Napoleón; sin embargo, ya no podían admirar en él al general modesto, de continente austero, de palabra lacónica y sentenciosa, que había mandado los ejércitos republicanos; mostrábase ahora tal como era, impetuoso, violento, intemperante, expresándose con sorprendente volubilidad, resolviendo con aires de maestro problemas que nunca estudiara, dogmatizando acerca de medicina, de música, de pintura. Su afición á los efectos teatrales le movió á dar á sus tropas en el campo de Marengo una especie de representación de la célebre batalla, mandando traer expresamente de París el uniforme y el sombrero que llevaba el día de la victoria, para lucirlos en el acto del simulacro, y concluido éste, entró en Alejandría bajo un arco de triunfo que había ordenado erigir. Las fiestas de la coronación en Milán sobrepusieron en esplendor á cuanto los contemporáneos habían visto en esta clase de solemnidades, y Napoleón aprovechó de la coyuntura que le deparaban para canjear las insignias de su Legión de Honor por las de las órdenes de los principales soberanos de Europa, queriendo demostrar de esta manera que el Imperio iba á par de las más antiguas monarquías.

Embriagado con la idea de su poder y las complacientes demostraciones de entusiasmo de que era objeto, Napoleón, olvidando la promesa, reiterada varias veces en el curso de aquel año, de no agregar ninguna nueva provincia al Imperio, anexionó á Francia Génova, Parma y Plasencia, y formó un principado para darlo á Bachiocchi, marido de su hermana Elisa, con Lucca y el Piombino. Realizados estos cambios repentinamente, sin consultar á nadie, todo el mundo comprendió que preparaba á Nápoles la misma suerte cuando, en el acto de recibir al príncipe de Cardito, embajador extraordinario enviado por la reina Carolina, no para quejarse de que Napoleón tomara el título de rey de Italia, como se ha dicho, sino para felicitarle de su nueva dignidad, le increpó en términos violentísimos exclamando: «Decid á vuestra señora que conozco sus arterias y que sus hijos maldecirán su memoria, porque no le dejaré en el reino tierra bastante donde cavar su

sepultura,» calificando á continuación á Carolina con los epítetos más injuriosos. El príncipe de Cardito se desmayó, y los presentes interpretaron las palabras del Emperador como la sentencia de muerte fulminada contra el reino napolitano; sin embargo, las circunstancias impidieron á Napoleón proceder inmediatamente á vías de hecho.

La noticia de las nuevas arbitrariedades é intemperancias del déspota francés, hizo helarse en flor el proyecto de mediación de Alejandro, quien, desengañado del todo, ordenó á Nowosiltzoff que regresara á San Petersburgo. Desde entonces, la guerra fué simplemente cuestión de tiempo. Austria aceleró sus armamentos con cuanta actividad le permitían la necesidad del secreto y la vecindad de un enemigo tan formidable, y Rusia ratificó el tratado de once de Abril, sin insistir ya en la evacuación de Malta, no ocupándose en adelante sino en discutir el plan de la próxima campaña. Napoleón, afectando no creer en la existencia de la alianza, hacía desmentir en los periódicos el rumor público que la denunciaba, y para fingir mejor su simulada incredulidad, prolongaba de propósito su estancia en Italia, entregado al parecer á la ociosidad, pero espiando con ojo vigilante los primeros armamentos de Austria, al mismo tiempo que seguía con más cuidado que nunca los preparativos de su expedición á las islas británicas, de la que podría pensarse que había desistido con motivo de su alejamiento de Boulogne, persuadido de que disponía de elementos para poder imprimirle en el momento preciso rapidez fulminante, y seguro de desconcertar á la coalición y conseguir que se disolviese antes de haber reunido sus ejércitos. Así se pasó el mes de Junio entero. Llegado Julio, entendió que era hora de trasladarse á los lugares donde iba á empeñarse su duelo á muerte con Inglaterra; y en su consecuencia, abandonando á Italia precipitadamente, recorrió en pocos días la distancia que separa á Turin de Fontainebleau. En Milán quedó como virrey el príncipe Eugenio; y entre las instrucciones que Napoleón le dejara, alternando con sabias advertencias y prudentes consejos, sugeridos por el manejo de los negocios y el conocimiento de los hombres, había recomendaciones propias de su modo de juzgar las cosas. «Mis súbditos de Italia, le decía, son más disimulados que los ciudadanos de Francia. No tenéis más que un medio de conservar su afecto, y es el de no conceder á nadie vuestra confianza... Cuando hayáis hablado sinceramente y sin necesidad, debéis deciros que habéis cometido una falta, para no volver á caer en ella. Mostrad por la nación que gobernáis una estima tanto mayor cuanto más motivo tengáis de apreciarla menos. Ya llegará el día en que reconozcáis que hay poca diferencia entre un pueblo y otro».